

de la pira. Entonces cuatro ministros de los falsos dioses se acercaban, con hachas de ocote encendidas, á la pira, y comunicando á la vez, por los cuatro lados, el fuego á la seca leña, las llamas se levantaban, envolviendo entre ellas el cadáver, en medio de los himnos religiosos, del tañido producido por las rodela de tortuga y por las bocinas y los caracoles marinos. En los momentos en que la hoguera empezaba á elevar su devoradora flama, se arrojaban sobre los desventurados que debian servir y acompañar al monarca en el otro mundo, y á quienes embriagaban para quitarles el temor, varios individuos armados de porras y macanas, y á golpes les quitaban la vida.

Las horas que restaban de la noche se pasaban en arrojar, de tres en tres y de cuatro en cuatro, los cadáveres de las víctimas sacrificadas, en unas hondas sepulturas, practicadas detrás del templo, que daban, segun su creencia, paso al otro mundo, y en atizar continuamente el fuego de la pira, hasta pulverizar el cadáver. Al rayar el dia y asomar la luz primera del sol, se recogian cuidadosamente las cenizas, las joyas derretidas por el fuego, las valiosas piedras que se conservaban enteras y algunos huesos no consumidos; y unido todo, lo colocaban en un lienzo, procurando darle la forma del monarca, colocándole, para figurar el rostro, una careta de oro. Figurado así el cuerpo, le adornaban de nuevas joyas y galas, practicando las mismas ceremonias que en el entierro: le colocaban en la espalda una rodela de oro; y poniéndole al lado un rico arco y algunas flechas, le conducian á una ancha sepultura, profunda y cuadrada, semejante á una espaciosa alcoba, delicadamente esterada, en medio de la cual se

veia una cama de madera, donde era colocado el bulto que figuraba al rey. El lecho ostentaba rodela de oro, alhajas y preciosas joyas de notable valor. Junto á esta valiosa cama, ponian provisiones de pan, vino y delicadas viandas para que no sufriese hambre ni sed en el viaje. Acomodados en sus respectivos lugares las ollas, las vasijas y los platos, el gran sacerdote tomaba en sus brazos el envoltorio que figuraba al monarca, y en el cual estaban sus cenizas, y lo metia en una gran tinaja, le sentaba en ella con el rostro hácia al Oriente, tapaba la tinaja pronunciando algunas palabras, y en seguida se marchaba. Entonces los nobles y demás sacerdotes tendian sobre la tinaja y la cama muchas y finas mantas; llenaban con cajas de caña, en que estaban las bellas plumas y las alhajas con que se adornaba el rey en los bailes, el hueco que quedaba, y todo lo cubrian con vigas barnizadas, formando una especie de bóveda, diferenciándose en esto de las demás sepulturas que se cubrian de tierra.

Terminadas las ceremonias referidas, todos los que habian tocado los cadáveres se bañaban, para evitar el contagio; y en seguida marchaban al palacio, donde el nuevo monarca les daba un opíparo banquete en el espacioso patio. Levantados los manteles, daban á cada convidado un trozo de algodón, con el cual se limpiaban el rostro, y en aquel patio permanecian cinco dias, manifestando una tristeza profunda, con la vista clavada en el suelo, y sin pronunciar una sola palabra que interrumpiese el silencio. Eran cinco dias de un duelo profundo, en que la ciudad remedaba un ancho sepulcro; dias en que á nadie le era permitido encender lumbre en su casa, moler el maíz, ni

hacer nada que pudiese interrumpir el silencio: los mercados y *tianguis* cesaban; ninguna persona cruzaba por las calles, y todos permanecían en sus casas tristes, afligidos y entregados al ayuno por la muerte del rey.

El nuevo monarca no se mostraba menos conmovido que sus vasallos; y los señores de las provincias, manifestando un dolor intenso, iban á llorar á la tumba, y velaban el sepulcro, alternándose, segun el orden que establecían.

Las ceremonias referidas, solo se usaban con los reyes, los señores y los grandes. Respecto del pueblo, los entierros de los tarascos se celebraban segun la posibilidad de las familias, aunque con muchas y raras supersticiones. Generalmente elegían para sepulcro las faldas de los cerros, que venían á ser unos cerritos sueltos, hechos á mano, con piedras y cascajo, de los cuales aun se ven algunos en lo que lleva el nombre de Mal-País.

Guerra entre michoacanos y mejicanos. Dado á conocer las costumbres y la riqueza del suelo á donde el emperador mejicano Axayacatl llevaba la guerra, pasemos á referir las operaciones de la campaña.

El monarca de Michoacan, el cauto y valiente Sihuan-ga, se preparó á recibir á su terrible adversario desde el instante que se declaró la guerra, y reforzó la frontera con numerosas y aguerridas tropas.

La lucha empezó con tenacidad y encarnizamiento.

Los mejicanos alcanzaron al principio, tras de rudos y costosos combates, algunas ventajas, logrando penetrar en las fronteras de sus enemigos; pero pronto se vieron detenidos en su avance. El monarca michoacano Sihuan-

ga, poniéndose al frente de su aguerrido ejército, esperó al conducido por el rey Axayacatl.

Sangrienta batalla. Dada la señal de ataque por una y otra parte, las tropas tarascas y mejicanas se acometieron lanzando espantosos alaridos, aumentando su ardor bélico el incesante ruido de las bocinas y caracoles marinos, tocados por los músicos. A una lluvia espesa de flechas, arrojadas al emprender el avance unos sobre otros, siguieron los terribles golpes de las macanas, al luchar cuerpo á cuerpo. El furor de los combatientes crecía á medida que corría la sangre, tiñendo de rojo la campiña.

Nunca se había dado una batalla mas sangrienta que aquella.

El odio que se profesaban mejicanos y michoacanos, les hacía á unos y otros despreciar la muerte, y arrojar-se sobre sus contrarios con el afán de exterminarles.

Muchas horas llevaban de combatir y de matar. Los combatientes pisaban, por decirlo así, no sobre el suelo, sino sobre cadáveres.

La mayor parte de la nobleza mejicana había perecido, y sus mejores capitanes estaban muertos ó heridos.

Axayacatl, ardiendo en ira, hizo un sublime esfuerzo, procurando alcanzar la victoria; pero en aquella acometida perdió á varios de sus mas distinguidos guerreros y al valiente Huitznahuatl, á quien profesaba singular afecto.

Los mejicanos son derrotados por los michoacanos. El monarca mejicano trató de vengar aquella muerte; pero rodeado por todas partes de enemigos, viendo sin vida sobre el campo de batalla la flor de sus jefes y de su ejército, y fatigados, heridos y sin capitanes á sus soldados, se vió

precisado á emprender la retirada con los restos de sus destrozadas tropas.

Los mejicanos, destruidos y acosados por los michoacanos, y dejando millares de prisioneros entre sus vencedores, volvieron á Méjico, tristes por el funesto éxito de la campaña.

Axayacatl, inconsolable por su derrota, se encerró en su palacio, á donde fueron á consolarle los principales señores y guerreros, haciéndole ver que no siempre es voluntad de los dioses premiar el valor; y que toda vez que los mejicanos, con su conocida decision y prodigando su sangre por la patria, habian probado á los michoacanos el esfuerzo de su brazo, la mayor prueba de entereza era resignarse á acatar la voluntad del que era la luz y la noche, el agua y el fuego, el cielo y la tierra, del magnánimo dios *Huitzilopochtli*.

El rey Axayacatl escuchó con grata satisfaccion las palabras de los nobles de su reino, y se manifestó grande en medio de su infortunio. «El que tiene en su mano—dijo—los triunfos y las derrotas; el que prueba en la desgracia el temple de los corazones, nuestro adorado dios *Huitzilopochtli*, dispuso negarnos la victoria, y yo venero su voluntad: mis valientes guerreros no han sido vencidos por las manos débiles de mujeres, sino por el robusto brazo de intrépidos michoacanos: la sangre de nuestros compatriotas, vertida á torrentes, ha servido de grata ofrenda á nuestra divinidad; y las almas de los que han perdido la vida, han volado á gozar de la eterna gloria que nuestro dios *Huitzilopochtli* tiene destinada á los que mueren combatiendo por él y por la patria.»

Aunque el rey Axayacatl se manifestaba resignado con el revés sufrido, no por esto desistió del pensamiento de hacer la guerra á los michoacanos. Su espíritu guerrero se sublevaba contra la idea de haber sido derrotado, y se propuso volver de nuevo á la lucha para vindicar su honor.

Su pensamiento fué ensanchar los límites de su imperio por la parte del Poniente, que le parecian demasiado estrechos por aquel punto, y continuar en seguida internándose en Michoacan.

Nuevas conquistas de Axayacatl. Resuelto á llevar á cabo su empresa, paró un numeroso ejército; marchó al frente de él por el valle de Toluca, y pasó mas allá de los montes; pero únicamente logró apoderarse de Tochpan y de Tlaximaloyan, quedando desde entonces fijada en aquel punto la frontera del reino de Michoacan.

El monarca Axayacatl, dejando en la frontera una parte de sus tropas para que conservasen lo conquistado, se apoderó, volviéndose hácia el Oriente, de las ciudades de Ocuilla y de Malacatepec.

Dueño de estos puntos, Axayacatl volvió á Méjico, donde empezó á prepararse para nuevas conquistas.

Los tlaxcaltecas, con quienes Moctezuma habia prohibido que se tuviese comercio ninguno, enviaron unos comisionados al rey Axayacatl, en solicitud de que se estableciese entre ambas naciones el tráfico, siempre útil á todos los pueblos. La sal, el cacao y el algodón, de que carecian en absoluto, les obligaba á insistir en su demanda. Axayacatl, ensoberbecido con la rápida prosperidad con que su nacion marchaba, respondió que el rey de Méjico era señor de todos los pueblos situados en el conti-

nente americano; que no reconocia en nadie derecho para que le hiciese proposiciones; que los habitantes todos de los diversos reinos, eran sus vasallos; y que si los tlaxcaltecas querian alcanzar su favor, le prestasen obediencia y se declarasen tributarios de la corona de Méjico.

La arrogante contestacion de Axayacatl, llenó de indignacion á los embajadores. Ofendidos por las palabras del monarca mejicano, contestaron que los tlaxcaltecas no debian tributo á ninguna nacion, porque de ninguna habian sido tributarios nunca; que desde que sus antepasados habian salido de los países septentrionales, para habitar el punto que ocupaban, habian disfrutado de completa libertad; y que no estando acostumbrados á la esclavitud, ni hallándose dispuestos á sufrirla nunca, se retiraban dispuestos á derramar su sangre contra cualquiera nacion que tratase de imponerles su yugo.

Axayacatl se propuso probar, llevando la guerra á los tlaxcaltecas, que tenia poder suficiente para obligarles
 1477. á ser sus tributarios; pero la muerte vino á
 Muerte del rey
 Axayacatl. privarle de la vida antes de que pusiese en
 planta sus nuevos proyectos, y falleció en 1477, á los
 trece años de un reinado glorioso, en los cuales la monarquía mejicana extendió notablemente sus limites.

Axayacatl, aunque dedicado á las conquistas, no por esto descuidó el buen despacho de la administracion de justicia, ni los demás importantes negocios públicos. Fué severo en castigar á los transgresores de las leyes que su antecesor dió á los pueblos; su valor no tuvo limites, y su amor á la patria igualó á su celo por el lustre de las armas. Tuvo muchas mujeres, de las cuales dejó numero-

sos hijos, entre ellos Moteuczoma II, que llegó á ser célebre en la historia, así por su poder y magnificencia, como por haberse hallado ocupando el trono á la llegada de Hernan Cortés al rico suelo de Méjico.

Todos los ricos y numerosos despojos de oro, plata, perlas y alhajas que de sus frecuentes conquistas, durante sus trece años de reinado, llevó el rey Axayacatl á la capital, así como los valiosos tributos y presentes que de los mismos ricos objetos le enviaban con frecuencia los señores feudatarios, los dejó guardados, sin que nadie mas que la familia real supiese el sitio en que estaban, en una espaciosa pieza de uno de sus palacios.